

BOLETIN DE LOS COMISARIOS DE GUERRA DE ESTE SECTOR

21 de febrero de 1937

M A D R I D

Año II - Núm. 11

La barbarie fascista

Una vez más se alza la España antifascista y trabajadora ante el hecho consumado de la caída de Málaga, que pone de manifiesto la descarada intervención de los países fascistas.

Vemos con dolor, por la prensa liberal extranjera, los asesinatos en masas llevados a cabo por los mercenarios alemanes e italianos al servicio del traidor Franco contra el pueblo honrado y trabajador, este pueblo lleno de heroicos sacrificios que, una vez más, paga con su sangre la defensa de sus libertades. Nos mueve tantos crímenes a levantar la voz y hacer llegar nuestra protesta al proletariado mundial para que conozca el porvenir que les espera si el triunfo del fascismo en nuestra patria fuera un hecho. Su triunfo, facilitado hasta cierto punto con el consentimiento de naciones que se llaman democráticas, no le detendría en arrastrar al mundo a una lucha sangrienta y cruel en la que, como siempre, el pueblo trabajador sufriría las consecuencias.

Por doquiera que el fascismo internacional domina en nuestra patria, sólo el terror y el crimen imperan, pues, son muchos los miles de hermanos que han caído víctimas de su cruel salvajismo; hombres, mujeres, ancianos y niños han sido vilmente asesinados por el solo delito de ser familiares de los trabajadores. Esto nos mueve a pedir al pueblo: unidad, mucha unidad de acción en la lucha; sin distinción de matices ideológicos, haciendo una barrera infranqueable contra la cual tiene que estrellarse los intentos del enemigo de más dominación. Defendamos esta tierra que es nuestra y que los fascistas internacionales quieren convertir en lugares de miseria, terror y desolación.

Los defensores de la capital de la República, baluarte de las libertades, símbolo de nuestro triunfo sabrán, una vez más, poner de manifiesto su arrojo y valentía para que el enemigo no consiga, como es su intento, tomar Madrid y saciar sus instintos criminales y sanguinarios en la población civil, como es un ejemplo claro Málaga y demás ciudades dominadas por ellos. Pronto conseguiremos la victoria arrollando al enemigo ya que nuestros soldados, forjados en la lucha, se encuentran dispuestos para cuando el mando lo crea oportuno avanzar, arrebatándole esta tierra a los traidores que hicieron de ella lugares de desolación y exterminio. ¡Soldados caídos en la lucha!, sabremos ser fieles continuadores de vuestra obra. Vengaremos a los caídos por las balas mercenarias del fascismo y particularmente a tantas víctimas sacrificadas en la capital de Málaga.

Disciplina quiere decir: acatamiento voluntario de las órdenes del mando, nunca sometimiento ni servilismo.

La razón de la disciplina

Con frecuencia se habla al soldado de la necesidad de su disciplina, sin la cual no hay victoria posible. Efectivamente, hay que hacer comprender a nuestros soldados que su acatamiento a las órdenes superiores es absolutamente necesaria para que nuestro nuevo Ejército sea algo eficiente, algo perfectamente organizado que nos permita aplastar los cuadros enemigos, en los que, es forzoso reconocerlo, existe una organización que nosotros hemos tenido que improvisar.

Pero es necesario llevar al ánimo del soldado, no sólo la razón de esa disciplina indispensable en todo ejército, cualquiera que sea la causa que defiende, sino el sentido de ella para que sepa por qué debe obedecer. La disciplina es una cuestión de principio de la que es preciso partir para acometer toda empresa en la que hayan de intervenir muchos individuos, tanto más si estos individuos han de tener misiones distintas. Es más, el principio de disciplina es de tal magnitud, de tal necesidad en toda empresa humana que podemos ampliar el anterior concepto diciendo que aquélla es indispensable aun cuando en la empresa intervenga un solo individuo. El acatamiento a la propia voluntad que se ha impuesto un plan determinado no deja de ser disciplina. Al fin y al cabo, la disciplina colectiva no es sino la suma de muchas disciplinas individuales.

Pues bien, el soldado que lucha por defender la causa

popular debe saber que su obediencia al mando tiene una razón mayor que la de ejecutar por rutina, temor o ciego acatamiento órdenes superiores. El soldado ha de darse cuenta de que cuando recibe una orden, lo que escucha es, en aquel momento, lo más útil para lograr la victoria que pretenden. No puede ver en el que le manda un individuo al que es preciso obedecer, como ocurría en el extinguido Ejército, porque los distintivos de su uniforme signifiquen una mayor jerarquía. Hay que hacerle comprender que nuestra causa es como una gran máquina en la que intervienen innúmeras piezas, cada una con su misión distinta y que es preciso que cuando alguna se mueva otras piezas sigan aquél movimiento.

El mando no puede llamarse así porque sus órdenes sean indiscutibles; sino porque su mayor capacidad le hace elemento más responsable en la lucha que sostenemos. Los mandos son los intérpretes de los mismos anhelos que defiende el soldado, el que los dá forma estratégica para evitar que se

estrellen contra las armas enemigas; que esas sí, siguen una disciplina inconsciente. Toda la voluntad de victoria del combatiente se estrellaría si no estuviera dirigida por mandos expertos.

La moral del soldado es un elemento importantísimo en la lucha, pero el más importante de todos es sin duda la buena ordenación del combate y, por consiguiente, la disciplina. Prescindiendo de la moral, o suponiendo una moral semejante, de dos ejércitos igualmente fuertes vencerá siempre el mejor dirigido, aquél en que las directrices sean más perfectamente ejecutadas.

Nosotros tenemos sobre el enemigo la ventaja indudable de nuestra mayor moral.

Que el soldado sepa, cuando recibe una orden, que habla por boca de su oficial la misma causa que defiende. La máquina de la guerra necesita que todas las piezas funcionen perfectamente, sin el menor rozamiento.

El Jefe que manda y el soldado que obedece son agentes de igual importancia en nuestra lucha. No hay en ellos, no debe haber nada individual; nada que no tienda a conseguir el fin colectivo. El amor propio no puede hacer sino ayudar a la victoria, nunca entorpecerla. Nuestra lucha tiene que ser ante todo el sacrificio de todos los individualismos. Jefe y soldado no tienen otra misión que servir la causa común de todos los que combatimos. Ninguno de ellos debe olvidarlo nunca.

R. CHARLAN

El oficial es el espejo en que ha de mirarse el soldado. Cuidemos que el cristal no esté sucio jamás.

Muchos exitos parciales, en los combates de una guerra, y muchos fracasos en ofensivas emprendidas en la misma se deben en ciertas ocasiones a la ingente labor realizada por los servicios de espionaje.

Hay que tener en consideración, y no olvidarlo, que éste aspecto dentro de nuestra revolución puede conducir a un dinamismo en los espías, perjudicial a todas luces para nuestra obra, que si no la destruyen por completo pueden, al menos, relajar la moral de los combatientes, directos o indirectos, y cuyas consecuencias ocasionarían pérdidas de difícil reparación.

No hay que olvidar, como decimos anteriormente, el principalísimo papel que juegan éstos desaprensivos agentes del enemigo. El espía tiene perdida todas aquéllas nociones de moral que pueden dignificar a un individuo dentro de la sociedad en que se mueve. No le importa, con tal de satisfacer sus apetitos o ambiciones, contribuir a la destrucción de miles de vidas de una forma que tiene las más innobles agravantes, ya que sus confidencias representan una puñalada a traición que no caben ni aun dentro de las crueldades de la guerra. La guerra tiene también unas mínimas condiciones de humanidad para con los semejantes; tales condiciones, no solo se estipulan en los tratados internacionales de humanización de la guerra sino que también figuran delimitados en las fronteras de la sensibilidad del hombre.

De aquí el que esté taxativamente marcado el respeto a las ambulancias de la Cruz Roja, a los Hospitales, población civil,

ESPIAS

(Continuará en el próximo número)

etc., lo cual viene a sintetizarse en el principio de que la guerra debe de efectuarse cara a cara y con las armas con que cada uno cuente y aquéllas posibilidades que estén enmarcadas dentro de un mínimo sentimiento humanitario. Por esto, los rojos no comprenderemos, aun dentro del salvajismo que se nos atribuye por las hordas facciosas, el que se supriman alévosamente las vidas de aquéllos combatientes que tienen la desdicha de caer prisioneros; y no lo comprendemos porque, sin creer la mayoría de las veces en una religión determinada, sabemos anteponer en todo momento la hidalguía de sentimientos para con el vencido.

El espía es una persona llena de maldad que debiera estar eliminado completamente de aquéllos países en los que impere un régimen democrático. Sin embargo, mientras en la democracias de todos los continentes impere el capitalismo es indudable que éste será el mejor aliado de los servicios de espionaje para destruir cualquier intento que quiera dar al traste con una sociedad viciada y llena de defectos, en la que el trabajador puede subsistir de forma esclava sin poder nunca

aspirar a reivindicaciones de índole moral o material.

El espía es frío, enigmático, calculador y la meta de sus aspiraciones está en servir a quien mejor le pague, sin que se pueda esperar de él una lealtad a toda prueba y un destello de bondad de corazón.

Con resultar odioso el papel de espía masculino resulta todavía más abominable el que la mujer se dedique a esta clase de actividades, puesto que su sensibilidad, notoriamente superior a la del hombre, la hace y obliga a otras aspiraciones de un rango moral más elevado.

Nos encontramos, pues, con el espía en un intrincado problema ante el cual no caben divagaciones de ninguna especie y si armase fuertemente para lograr su total destrucción. El espionaje, por su extensa raigambre, afecta a todas las naciones y son una de las facetas que impiden el establecimiento de una verdadera paz dentro de los pueblos democráticos. El espía no sólo reduce sus actividades a épocas de guerra sino que son utilizados por aquéllos Gobiernos dictatoriales o imperialistas en épocas de paz, para tener, de manera tan solapada, conocimiento del poderío bélico de un presunto y futuro país enemigo. Esto quiere decir que no es ahora precisamente cuando ha nacido en España el espionaje y si de pocos años a ésta parte, muy especialmente al advenimiento de la República y más todavía dentro de ella, como ha podido comprobarse después, favorecidos tal espionaje por los Gobiernos jesuíticos, monárquicos y antiobreros que la nación española ha teni-

NOTA.—Son redactores de este Boletín todos los comisarios políticos de este sector, y colaboradores todos los jefes y milicianos del mismo que así lo deseen.

DEMOS EJEMPLO

¿Qué posición debemos adoptar los nuevos luchadores dentro de nuestros partidos u organizaciones sindicales?

Hemos de realizar una labor cuyo campo de intensificación sea la cultura político-social dentro de la unidad; no hemos de sujetar nuestros mejores impulsos cerebrales a la supeditación en que nos habían sumido los déspotas de un capitalismo cruel cuya fuente de alimentación era nuestra incultura, y partiendo de la mermada educación colectivista implantaremos la educación individualista. ¿Cómo? Forjando una voluntad común a todos, todos seamos profesores del inmediato inferior y alumnos del inmediato superior, pero no debemos olvidar que este esfuerzo individualista será el mayor báculo de apoyo de nuestros maestros, cuya nueva conciencia creadora nos adentrará en el horizonte sin fin de la ciencia.

Pero, ¡ah! Nadie debe denegar de su talento natural para su cultivación; ese apocamiento de ánimo, hijo de su tedio o de su poca moralidad debe ser suprimido tan pronto como empiece a hacer sus primeras manifestaciones. Que ninguno diga: yo no soy capaz, si antes no le advirtieron de esa triste realidad sus profesores, pues el instruirse no es una volubilidad más, es un deber imperioso que le impone la humanidad y le reclaman sus propios hijos. Y, entonces, nuestros partidos y organizaciones estarán sustentados sobre un inmenso disco, cuyo eje será el saber.

Un artillero

ETICA DEL SOLDADO DEL PUEBLO

AYUDA MUTUA

Los milicianos se les juzga no por lo que dicen, sino por lo que hacen.

Los combatientes tenemos que ayudarnos mutuamente en todo.

Los soldados, en la retaguardia, en el frente, en las avanzadillas de la línea de fuego tenemos que hacernos más humanos; ayudarnos siempre en todo, porque la vida en común, para hacérsela más llevadera, así nos lo impone.

Hay algunos que cuando es hora de hacer una tarea que redunde en beneficio de la colectividad, de la compañía, del

batallón, labor que requiera poco o mucho esfuerzo, se hacen los desentendidos o los remolones. Esperan a que lo hagan los otros. Y esto no puede ser, camaradas. Esto es querer sentar plaza de privilegiado. El que en el frente quiere ser pri-

villegiado, no la colectividad, que es para lo que todos los milicianos luchamos, no es digno de llamarse soldado del pueblo.

El que quiera privilegios individuales —los que sean— no es digno de estar en nuestras filas. Su puesto está en la acera de enfrente, que defiende el privilegio de una minoría sobre una mayoría sufriente.

Hay soldados efectivos que lo son porque sienten el ideal, porque les nace de dentro, hay otros que lo son porque llevan un traje especial. Estos son nominales, de maniquí, de sastrearía. Los soldados efectivos deben desarrollar todo su celo, toda su paciencia, en hacer sentir y comprender el ideal, nuestro ideal, a los nominales, para que al comprenderlo lo amen, lo defiendan y, obrando así, pasen de la pasiva retaguardia a las avanzadillas efectivas de la lucha.

Los que no saben sacrificarse por sus compañeros en el frente —en lo que sea— dan pruebas febles de poseer una moral mediocre; falta de fortaleza. La falta de fortaleza anda parejas con la falta de valor. Es síntoma de cobardía. La cobardía corre parejas con el egoísmo. Un egoísta y un cobarde son el embrión de un futuro traidor. A un traidor, el pueblo, la justicia militar que hoy es la justicia del pueblo, ya que el pueblo es la encarnación de su Ejército, los elimina en el acto.

MASFERRE CANTO

Comisario de Cultura de la Casa de Campo

De «La Voz del Combatiente»

VISADO POR LA CENSURA

Los oficiales deben llevar las insignias en el uniforme y en la gorra; no, en la cabeza.

Un oficial de la 1.ª compañía del 3.º batallón